

NOTA EDITORIAL

Las elecciones del día 20 de noviembre van a clausurar mucho más que una legislatura. Van a clausurar una larga etapa en la que es posible encontrar ejemplos de casi todo lo que hace que un país pierda su rumbo histórico, su camino de progreso y los fundamentos de su vida civil. Una etapa en la que España ha sido puesta a prueba.

El socialismo ha constituido un verdadero *stress test* para nuestra sociedad. En todos los terrenos. Las bases de la convivencia y de la modernización, que con tan buen sentido de la historia y con tanta altura moral fueron establecidas durante nuestro proceso constituyente, fueron desafiadas desde el principio por un Gobierno tan improbable como incapaz de comprender el sentido real de su función pública. Un Gobierno peleado con la realidad y empeñado en situarse en unas coordenadas de espacio y de tiempo distintas de las que definen el aquí y el ahora.

Todo indica que ese desafío, que ha sido sostenido y reafirmado una y otra vez a lo largo de los últimos ocho años, se ha zanjado ya contra el Gobierno y contra sus pretensiones. Pero sería ingenuo ignorar que se ha prolongado mucho más de lo que cabía esperar y que sus efectos van a acompañarnos durante mucho tiempo. El zapaterismo no dejará huellas en la sociedad española, dejará cicatrices. Porque deja una sociedad herida que será necesario sanar con tiempo y con paciencia.

La voluntad de concordia y el buen sentido del gobierno deben volver a situarse en el centro de nuestra vida pública. Concordia para devolver la normalidad a nuestra vida civil, para arrumbar definitivamente el sectarismo y la política de facción; y buen gobierno como clave indispensable para la urgente y compleja regeneración institucional y económica que debemos afrontar.

El fracaso del socialismo ha sido prácticamente integral. Tanto que sus últimos actos de gobierno han estado destinados a tratar de borrar sus propias huellas. Ha sido el propio Gobierno el que ha fijado como idea de cierre de las dos últimas legislaturas, como corolario solemne y resumen de sus costosas aventuras, la de que existe una incompatibilidad contrastada entre lo que prescribe el socialismo y lo que conviene a los pueblos. O, de otro modo, hemos contemplado la dramática imagen de un Gobierno formulando el verdadero dilema, otra vez: o socialismo o progreso, hay que elegir.

Quizás haya que perder la esperanza de que la reiterada constatación de que los Gobiernos socialistas terminan siempre en ese dilema mueva a la reflexión a quienes casi nunca se dan por enterados de las consecuencias de sus actos. De que los mueva a pensar que quizás lo razonable es hacerse partidario de propuestas políticas que sean compatibles con el progreso social, y que ninguna utopía merece pagarse a un precio tan alto de realidad.

Que la elección agónica de un presidente del Gobierno confrontado a ese dilema parezca haber sido el progreso en perjuicio del socialismo no oculta dos cosas fundamentales. Primero, que no se trata de un cambio fruto de la reflexión o del convencimiento, sino de una pura obligación derivada de la fuerza de los hechos. Es un cambio de sentido que se produce al final de un callejón sin salida y después de que se haya intentado a conciencia atravesar el muro hasta descalabrarse. Es, por tanto, un puro desistimiento, no más. Un desistimiento impulsado por la constatación de que el muro no se puede romper a cabezazos, pero no por una comprensión razonada de por qué se ha acabado en un callejón ni de cómo se podía haber evitado terminar en él. Mucho menos por una reflexión sobre el hecho incontrovertible de que otros tuvieran razón. Ese abandono “automáticamente” activa otras políticas, pero que no se comprenden ni se comparten y que, por ello, se hacen mal y no rinden lo que debieran.

Segundo, que es un cambio personal, que no sólo carece de base reflexiva, ideológica o teórica, sino que también carece de alcance intersubjetivo. El abandono del socialismo en beneficio del progreso no es un movimiento de partido. Es más, se hace a pesar del partido. Ese abandono es tan sólo una escaramuza biográfica que no persigue más que la supervivencia psicológica personal y conjurar en lo posible un estigma insoportable. Que Zapatero haya anunciado su voluntad de encontrarse un oficio que lo obligue a mirar a las nubes y que lo dispense de tener que mirar a su alrededor, de tener que ver la España que deja, es algo más que un exceso de lirismo en quien ha pretendido gobernarlo todo, cambiarlo todo, rehacerlo todo.

Por el lado de la izquierda, el final de esta aciaga etapa de nuestro país no nos deja ni siquiera la esperanza de un socialismo en proceso de renovación. Más bien al contrario. Lo más sorprendente de nuestro momento político es que se esté pretendiendo proponer a los españoles la extraña idea de que en realidad el problema no es el socialismo sino quien lo encarnaba hasta hoy mismo. Con “aquél” no, pero con “éste”, sí. Que “aquél” haya contado con el respaldo unánime y entusiasta de todo su grupo en todo momento, incluido el de “éste”, parece ahora un detalle menor. O lo que es lo mismo, el viejo truco de que lo que fracasa es un falso socialismo y lo que falta es verdadero socialismo.

Puesto que todo socialismo fracasado es falso socialismo, el socialismo es un proyecto político blindado frente a los fracasos. Es una ideología de gobierno perfecta, a condición de que no se le pida gobernar. Lejos de abordar su imprescindible renovación programática y de revisar críticamente el legado que deja a los españoles, pretende insistir en que las ideas valen pero que se necesita el intérprete adecuado.

Sin embargo, que el concertino tome la batuta difícilmente va a ocultar el hecho de que se toca la misma melodía con la misma orquesta. Al contrario, no hace más que confirmar la impresión de que son la misma melodía y la misma orquesta. Las mismas que ya dejaron la sala vacía el pasado 22 de mayo.

Ahora, lo que se abre ante nosotros es una etapa nueva, no un simple cambio electoral. Una etapa de regeneración que el Partido Popular va a

protagonizar y va a liderar. Una etapa marcada por el reformismo, la voluntad de concordia y la moderación. Pero una etapa que debe ser ejecutiva, que tiene que producir cambios visibles en nuestras instituciones y en nuestra sociedad, que tiene que generar efectos políticos reales. Cambios políticos que son indispensables para corregir los errores más recientes. Y cambios para que los aciertos puedan transformarse en beneficios tangibles para las personas cuanto antes.

Ayudar a que esos cambios se produjeran ha sido siempre la intención de *Cuadernos de Pensamiento Político*. Y ayudar a que sus efectos benéficos lleguen pronto, lleguen para todos y sean duraderos sigue siendo nuestra mayor aspiración. A ello pretenden servir los estudios que recoge el número 32 de nuestra revista, que son los siguientes: “Europa: el camino se hace al andar”, de Jan Krzysztof Bielecki; “El momento estratégico de España”, de Rafael L. Bardají; “Una Universidad española de nivel mundial”, de José Canosa; “El Estado autonómico: reflexiones históricas sobre Cataluña y el nacionalismo catalán”, de Jordi Canal; “Observaciones de un conservador de centro”, de Valentí Puig; “Por un liberalismo asociativo. Reflexiones sobre la sociedad civil, el mercado y el Estado”, de Mauricio Rojas; “Edmund Burke y la Ciencia de la Política”, de Eduard Tarnawski; “Occidente y la legitimación interna de la democracia”, de Guillermo Grañó Ferrer; “Los hispanistas y el País Vasco”, de Mira Milosevich, y “Borges y la libertad”, de Alberto Hernández Moreno.

Por su parte, las reseñas son: *En confianza. Mi vida y mi proyecto de cambio para España* (Mariano Rajoy), por Pilar Marcos; *En la mitad de mi vida* (María San Gil), por Ana Iribar; *Memoria y esperanza. Relatos de una vida* (Marcelino Oreja), por Íñigo Méndez de Vigo; *La construcción de la libertad* (Roberto L. Blanco Valdés), por Ángel Sánchez de la Torre; *¡Basta de historias!* (Andrés Oppenheimer), por Carmen Iglesias Caunedo; *El amigo americano: España y Estados Unidos, de la dictadura a la democracia* (Charles Powell), por José Ruiz Vicioso, y *Mal consentido. La complicidad del espectador indiferente* (Aurelio Arteta), por Jorge del Palacio.